

Introducción

Literatura y psicoanálisis: discursos inquietantes

*Marta Labraga de Mirza*¹

Discurso literario y discurso psicoanalítico desarrollan un campo de posibilidades de juego y movimiento representacional; dos “espacios de ilusión” diferentes y homólogos ya que ambos, como intensas prácticas simbólicas, interrogan, construyen y cuestionan simultáneamente al sujeto y al mundo. Entonces, ¿cuál sería la relación entre el particular campo discursivo dialógico que se da en la práctica analítica y el discurso literario que involucraría las obras literarias y la teorización sobre ellas?

Para Freud los escritores y artistas fueron sus verdaderos maestros, como esas dos vías regias de acceso al conocimiento del inconsciente: la obra literaria y el material de las sesiones. La literatura en todo su despliegue imaginario y eficacia simbólica se constituye para el psicoanálisis, desde sus orígenes, en una curiosa zona de encrucijada: se recurre a ella para la elaboración de determinadas conceptualizaciones y al mismo tiempo se la busca para “probar” otras, para aplicar un método de investigación del psiquismo y de la subjetivación. Estas perspectivas diferentes se encuentran en los trabajos de Freud sobre la creación y la fantasía, y en los estudios sobre la Gradiva, sobre Dostoievski, Leonardo y Hoffmann.

Aunque los viejos recelos de los escritores y poetas, frente al psicoanálisis por su tendencia a la aplicación del método analítico a la comprensión de las obras, están en tránsito de desaparecer o ya desaparecieron pueden ser oportunas todavía algunas precisiones.

Los textos de Freud referidos a la cultura y al interés del psicoanálisis por otras disciplinas o en situación extraterapéutica, o “extramuros”² pueden leerse de diferentes modos porque su posición fue cambiante a lo largo de su obra. Pero nunca Freud dejó

¹. Miembro Asociado APU. Libertad 2489 ap. 903. C.P. 11.300. Montevideo.

². Cf. Luisa de Urtubey, “Une tranche hors-les-murs”. *Psa. Univ.* 1991, 16, 63.

de subrayar explícitamente el valor de avanzada de la literatura sobre el psicoanálisis. Además, su pasión por las letras fue la fuente de una creatividad donde el “recurso al mito”³ y a algunos autores clásicos convergen en su escritura y en la gestación de muchos de sus conceptos teóricos.

Sin embargo, ¿cómo no reaccionar frente a algunas de sus afirmaciones, propias de un momento inaugural del psicoanálisis, cuando decía, por ejemplo en 1919 al referirse a la enseñanza del psicoanálisis en la universidad, que la aplicación de su método no estaba confinada al campo de los desórdenes psíquicos sino que servía igualmente a la *solución* de los problemas del arte, de la religión y de la filosofía?

Lecturas parciales de Freud y ansias de despliegue de un psicoanálisis omnicomprendido de lo humano, junto a la necesidad de corroborar posturas teóricas apoyándose en textos literarios, llevaron al cuestionado “psicoanálisis aplicado”. Este es un punto de discusión que muchas veces damos fácilmente por superado mediante el rechazo. Importa tomar en cuenta la verdadera posición desde la que se escribe; cuántas veces bajo la presentación de un acercamiento iluminador entre texto literario y teoría psicoanalítica sólo encontramos explicación y banalización tanto de la obra como del psicoanálisis y cuántas otras el explícito pronunciamiento de psicoanálisis aplicado revela, sin embargo, un trabajo de finos matices que sugiere y abre reflexiones enriquecedoras para ambas disciplinas. La capacidad de sorpresa y el valor de la ocurrencia que nos importa en la clínica debería mantenerse permitiendo nuevas emergencias de sentido después del acercamiento entre el psicoanálisis y el texto literario. Consideramos que deben quedar privilegiados los campos de frontera, “inter” y “trans” disciplinas donde se trabaje a través de los discursos: no hay subordinación, no hay psicoanálisis como método crítico de la literatura, ni uso puramente probatorio de los textos literarios para sustentar conceptos psicoanalíticos.

Por otra parte podemos hablar de la literaturidad de las teorizaciones psicoanalíticas, en tanto parten de una naturaleza metafórica.⁴ Este problema de la inextricable relación entre lo conceptual y lo metafórico es planteado con rigor desde la filosofía: “¿Pero qué sería del pensamiento si no hubiera la permanente dialogía entre metáforas y conceptos, si las metáforas no fueran a veces el punteado de conceptos faltantes y los conceptos,

³ Cf. Daniel Gil, “El papel del mito en la teoría y la práctica psicoanalíticas”. R.U.P. N° 75, Montevideo, 1992.

⁴ Cf. “The metaphorical nature of psychoanalytic theory”. Donald P. Spence en “Essential Papers on Literature and Psychoanalysis”. New York, Ed. Emanuel Berman New York University Press.

momentos del pensar dotados de inclusiones cognitivas que sólo inician su desbloqueo en el elemento de la metáfora?”.⁵

En la relación entre literatura y psicoanálisis pretendemos poder escuchar los profundos puntos de contacto en el trabajo con el lenguaje, en esa poiesis constitutiva de ambos discursos. Pero creo que esto sería muy incompleto si no quedase un espacio de reflexión para que surjan las diferencias, tal vez las incompatibilidades entre ambos, recogiendo al mismo tiempo en el mundo cultural actual los cruces de los paradigmas estéticos y científicos.

Desde el título de las jornadas “Discurso literario-discurso psicoanalítico (Tiempos-escenarios-personajes)” se introduce la “inquietud del discurso”, por el desasosiego que produce toda reflexión sobre el lenguaje y porque “el discurso constituye un verdadero nudo o lugar teórico donde se intrincan literalmente todas las grandes cuestiones sobre la lengua, la historia y el sujeto”.⁶

Como psicoanalistas creemos en la necesidad de dejarse “contaminar” por el texto literario, mantener desde una escucha particular (que ha internalizado una teoría y una práctica psicoanalítica que la ha transformado) una tensión especial, de modo que el texto literario cumpla su función invocante y nos involucre. Y mantener también la escucha segunda psicoanalítica de las resonancias y asociaciones que surgen y se interrelacionan.

Si ambos discursos son transformadores de lo humano ¿no lo son acaso de modo distinto? En el análisis, angustia, dolor en acto, en gesto vivo y en palabras en presencia, en busca de un sentido, cercados por la insuficiencia y los límites de la práctica; analista y analizando unidos en la relación tranferencial que encarna e involucra la historia de ambos para permitir una nueva versión, construida entre dos, y salir del anclaje de la repetición.

Por otro lado, el discurso literario recoge también la experiencia humana en tiempos, escenarios, personajes y figuras, que en su movimiento continuo de metaforización, son como las formaciones del inconsciente, transformadoras y productoras de un placer

⁵. Cf. Héctor Massa, “Sustancia y proporción. Ensayo introductorio a la cosmología racionalista de Eduardo Piazzo”. Ed. Rocaviva. Montevideo, 1994.

⁶. Denise Maldidier “(Re) lire Michel Pêcheux aujourd’hui” prólogo a textos de Michel Pêcheux recopilados por D.M. en “L’inquiétude du discours”. Paris, Editions des Cendres, 1990. Sylvia Costa en su trabajo “La propuesta de Michel Pêcheux” en “Introducción al análisis del discurso político” (Montevideo, FCU 1987) posiciona y desarrolla el carácter heterogéneo de las propuestas del autor destacándolas como “lugar de confluencia de varias vertientes teóricas de diferente origen... La lingüística como teoría de las regularidades sintácticas y de los procesos de enunciación, el materialismo histórico y dialéctico como teoría de las formaciones sociales y de sus transformaciones... en particular el marxismo que constituye la teoría de la ideología y una concepción psicoanalítica del sujeto de fuerte influencia lacaniana”.

y de un más allá del placer. Pero en ese proceso de enunciación, continuo, la obra literaria se vuelve un objeto independiente de su autor. Puede ser manipulado en su ausencia y convertirse en manos del lector en mediador de éste, no con el autor sino con el doble de sí mismo. Y es a través de la organización especial de la forma que se transpone la experiencia privada íntima y singular que le dio origen para alcanzar la universalidad.

Presencia y ausencia, diálogo real y diálogo implícito y provocador de fantasías, organización de la forma y desprendimiento del autor biográfico, ficción literaria y verdad del inconsciente son algunas de las diferencias que deberíamos discutir.

Pero ¿dónde está la vida en este universo de palabras? Y, sin embargo, ¿quiénes somos si no nos decimos y si no nos reconocemos parcialmente en las historias que nos ofrece el discurso literario? Por otro lado, el que ha pasado por una experiencia de análisis sabe que llega un momento en que, si tiene suerte, se pregunta cómo vivía antes de relatarse, de contarse, de hacer su vida contable para sí mismo, de construir una historia.

Lo común de ambos discursos es la ambigüedad, la desautomatización del lenguaje cotidiano, la lectura de lo latente a partir de lo manifiesto, la valoración de los significantes, el volver los ojos sobre el lenguaje mismo. Pero también la importancia de lo parcial, de lo aparentemente nimio, la importancia del resto inasimilable, lo que no pudo decirse y queda sugerido, lo intraducible.

Todo lo que se produce con el lenguaje puede ser liberador pero tiene también un aspecto amenazante y defectivo porque somos continuamente confrontados con nuestro deseo, del que debemos dar cuenta. El dominio de un saber lingüístico, que poseemos como humanos, no nos asegura frente a lo desconocido de nosotros mismos, de un saber que no se sabe, que escapa a toda comprensión lingüística. La poesía o el discurso literario en general dice mucho de ese desconocido pero su función es diferente a la del análisis que intenta volver al hombre menos alienado por lo que en él mismo crea sus propias condiciones de dolor.

Ni literatura ni psicoanálisis son experiencias sin riesgo, la escritura-lectura y la escucha analista-analizando no son ejercicios intelectuales sino que nos comprometen por entero. El riesgo en el análisis, su cruz, es también su palanca: el movimiento transferencial que arrastra “marejadas de pasiones. El escritor y el lector exploran en su creación y en la recreación de la lectura, aspectos que les son desconocidos de sí mismos. Hay siempre algo de destrucción y violencia, necesarios para toda creación, que surge también del ámbito del desamparo y el dolor. Y el leer es el reencuentro con

una fuente de placer paradójal, en la recreación de ese dolor y en el reencuentro con la lengua perdida de la infancia.

**Descriptores: LITERATURA / PSICOANALISIS / DISCURSO
METAFORA / AMBIGÜEDAD**